

La parábola de hoy -los invitados que no quieren acudir al banquete del Rey y son sustituidos por otros que en principio no habían sido invitados-, insiste en las mismas ideas que habíamos escuchado en domingos anteriores: el hijo que dijo "sí" pero no fue a trabajar, y los viñadores homicidas.

Cuando la Palabra insiste en un mensaje no tendríamos que tener nosotros reparo en seguir reflexionando sobre él y aplicárnoslo a nuestra vida. Aquí se ve la denuncia de Jesús al pueblo elegido que no le reconoció como Mesías y la afirmación de la universalidad de la salvación que ofrece Dios.

Hoy, este mismo mensaje está expresado con matices diferentes, con el simbolismo del banquete festivo al que nos invita Dios en los tiempos mesiánicos. Una invitación que no deberíamos rechazar.

Isaías 25, 6-10a. *El Señor preparará un festín y enjugará las lágrimas de todos los rostros*

El profeta anuncia la futura intervención salvadora de Dios para con su pueblo: Dios prepara un banquete festivo al que invitará a todos. Además, Dios no quiere nada oculto ("arrancará el velo que cubre a los pueblos"), ni la muerte ("aniquilaré la muerte para siempre"), ni la tristeza ("enjugará las lágrimas de todos los rostros"), ni las humillaciones ("el oprobio de su pueblo lo alejará del país"). Realmente es un panorama optimista para el futuro de su pueblo, que puede gozarse de esa cercanía amorosa de Dios: "aquí está nuestro Dios... celebremos y gocemos con su salvación".

El salmo parece contagiarse de esta alegría del profeta: "habitaré en la casa del Señor por años sin término". Es el salmo del pastor, Dios, que cuida de nosotros y nos protege en todo momento: "preparas una mesa ante mí... y mi copa rebosa... Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida".

Filipenses 4,12-14.19-20. *Todo lo puedo en aquel que me conforta*

Al final de su carta, Pablo agradece a los Filipenses la ayuda material que le habían enviado a la cárcel donde está prisionero. A pesar de que afirma que ya a estas alturas él está hecho a todo, a "vivir en pobreza y en abundancia", porque cuenta siempre con la ayuda de Dios ("todo lo puedo en aquel que me conforta"), Pablo agradece sinceramente esa ayuda: "hicisteis bien en compartir mi tribulación". Pide para ellos un abundante premio, que Dios se lo pague "con magnificencia, conforme a su espléndida riqueza en Cristo Jesús". La carta, y nuestra última lectura de la misma, termina con una solemne doxología: "a Dios, nuestro Padre, la gloria por los siglos de los siglos".

Mateo 22,1-14. *A todos los que encontréis convidadlos a la boda*

La tercera parábola, después de la del hijo que dijo "sí" y no fue a trabajar y la de los viñadores homicidas, es la del banquete que ha preparado el Rey. Los invitados primeros, los judíos, no quieren asistir, poniendo excusas varias. Mateo lo narra más simplificado, pero Lucas añade que uno había comprado unas tierras, otro unas yuntas de bueyes, y otro se acababa de casar. Lo decisivo debía ser que esos invitados no aceptaban al Rey, y por tanto tampoco su invitación. Algunos llegaron a maltratar y hasta a matar a los criados que les instaban a acudir al banquete.

Entonces el Rey, ante todo, castiga a los asesinos, y luego decide invitar a "todos los que encuentren en los cruces de los caminos". La parábola tiene un apéndice -propio de Mateo- que puede parecer extraño. El Rey ve a un invitado que no va vestido de fiesta, y lo manda expulsar y castigar. Porque "muchos son los llamados y pocos los escogidos". Ciertamente este final no disminuye el mensaje principal y positivo: la invitación universal de Dios a la fiesta de su Hijo.